**Martes XXXIII del TO
Ciclo B**

****16 de noviembre de 2021
2Mac 6, 18-31
Sal 3
Lc 19, 1-10
*P. Eduardo Suanzes, msps*

Ahora, después del ciego en el camino, Lucas nos presenta a otro indigno social: Zaqueo, jefe de publicanos. Si los publicanos eran indignos y socialmente rechazados, a éste, que es uno de sus jefes, el desprecio de la gente le cae encima sin piedad. Esa gente que le desprecia, no le deja ver-acceder a Jesús (como aquellos que querían callar al ciego en el camino) porque no es digno de acercarse al «maestro» ni de molestarle: es un pecador jefe de pecadores; su baja estatura es toda una metáfora más profunda. Decide subirse a un árbol «para ver» a Jesús.

Comienzo la reflexión con un detalle. Fíjense en lo que Jesús le dice a Zaqueo al verlo ahí encaramado: «***hoy tengo que quedarme en tu casa***». La frase muestra la necesidad de Jesús por «***quedarse***» con él. El griego original es un poco más explícito: «***es necesario*** *que me quede en tu casa*». A veces no pensamos lo suficiente en este aspecto del amor de Jesús: somos para él una necesidad; es él quien nos busca con urgencia. Cuando pensamos que estamos realizando un camino de encuentro impulsados por nuestro deseo, Jesús ya se nos ha adelantado queriendo quedarse con nosotros, en nuestra intimidad, en nuestra vida, en nuestra casa. Su deseo es anterior y ha sido incomparablemente *pintado* por Juan de la Cruz al describir a Jesús como aquel ciervo herido que busca satisfacer su *ansia* de beber en la fuente de nuestro corazón. Hemos sido creados por el deseo de Dios y su sed no encontrará descanso hasta que estemos de nuevo íntegramente con él. El deseo de Jesús rompe los moldes de nuestra razón: nada ni nadie le parará hasta entregarse definitiva y totalmente en Jerusalén. Diría que nuestra respuesta cabal sería hacernos discípulos del Deseo de Jesús[[1]](#footnote-1).

En esta nueva escena[[2]](#footnote-2) se entremezcla la acción de Jesús (juzgada como des-honrosa), con una profunda enseñanza sobre el seguimiento y el acceso al reino de Dios. En efecto, todo comenzó unos episodios antes con aquel magistrado rico que no sigue a Jesús y que ***no comparte sus bienes***. Ahora, antes de llegar a Jerusalén, como pórtico de entrada, se nos relata esta escena del publicano rico que ***sí comparte sus bienes***. Todo está fríamente calculado para Lucas. Como marcan la primera y última historia de este conjunto de relatos, toda esta serie gira en torno a compartir o no los bienes (riqueza, dinero, cosas), sobre la comprensión de las propuestas de Jesús para optar ante la disyuntiva riqueza-pobreza, donarse-conservarse, perder-ganar. ***La clave radica en el ver o no ver lo que Jesús está proponiendo y aceptarlo o no aceptarlo en la vida propia***.

Zaqueo no «dice» nada, ni usa palabras retóricas, pero «habla» con su ser, con sus actos. Zaqueo habla con su cuerpo que busca. Como el ciego de ayer, quiere «ver», quiere encontrarse con Jesús. Zaqueo «mueve su cuerpo» y no se queda en la retórica pasiva de las palabras porque realmente quiere implicarse (como se implican los que llevan al paralítico, que suben y abren el tejado). Y, cuando es llamado, sale de su sitio marginal (como el ciego) y se encuentra con Jesús. Zaqueo se implica vitalmente con Jesús y la aceptación de su propuesta: «*lo recibió muy contento*».

Acepta la propuesta de Jesús (lo recibió «*en su casa*», es decir, en su ámbito, en su ser), confía en Jesús (fe) y sabe ver en su propuesta otro modo de vivir que está por encima del apego a las cosas. Ese es su paso, su salto, su conversión (fe activa). Otros se enteran, pero no lo «ven», no se implican-identifican, y no dan el paso, se quedan callados, tristes y parados (como el magistrado rico que no lo siguió, de un par de episodios anteriores), no se van a comer con Jesús, no tiene lugar ese «encuentro» que simbolizaría la comida en su casa. Zaqueo sí puede recibir a Jesús en su casa. Es significativo que, cuando ya están dentro de la casa, a Zaqueo no se le pide nada. Aparece, de repente, diciendo lo que él está dispuesto a hacer. Su acción es una espontánea decisión personal que surge de su encuentro con Jesús. El encuentro, la comida inclusiva que surge por iniciativa de Jesús (como en la primera escena con los publicanos y pecadores), suscita el amor, el desprendimiento, y la salvación.

Otro dato significativo es que a Zaqueo no se le pide que «siga» a Jesús por el camino, ni que renuncie a «todos» sus bienes. Él está desvinculado de la Ley, no ha andado ese camino que «justifica» ante la Ley. Su trayectoria ha sido la de un arrendador del cobro de impuestos, ha hecho su fortuna con abusos, componendas y trapicheos. Tiene dinero, sí, pero carece de «estatus», de rango. «Tiene» mucho (es rico) pero «es» poco, es un pecador, un indigno a los ojos de la Ley (su baja estatura es símbolo de su bajo estatus socio-religioso). La irrupción de Jesús en su vida le enseña que ***«abajando» su «tener» conseguirá «aumentar» su «ser»***. Por eso hace la proclamación de su conversión «*puesto en pie*», lo que indica su dignificación como persona. Y muestra cuál es su paradójico camino de crecimiento y de salvación: para crecer me parto en dos, me duplico en donación: «*doy la mitad de mis bienes a los pobres* » y restituyo «*cuatro veces*» a quien haya estafado.

Por tanto, Zaqueo es símbolo del discipulado sedentario de Jesús, al que no se le pide que lo siga por los caminos dejándolo todo; pero su compromiso con el Maestro también implica una gran renuncia: el desapego de los bienes y del dinero. El discípulo de Jesús debe renunciar a aferrarse a ellos y estar dispuesto a compartirlos «*generosamente*», no cualquier cosa. Aquí se señala compartir la mitad de lo que uno posee. Zaqueo multiplica ampliamente su donación y su restitución. Ello supone una renuncia importante: nada menos que partir por la mitad los propios bienes. Esta propuesta está hecha desde el realismo: para vivir en una ciudad es necesario el dinero y los bienes. Los discípulos que tienen familia que mantener necesitan de los bienes para subsistir. De ahí que no se les exija la renuncia total, pues deben atender a sus obligaciones. Pero sí que se les pide el desapego y la generosidad para compartirlos con los que nada tienen, los pobres.

Por último, Zaqueo, el impuro y detestable, el despreciado, es también un personaje «ejemplar» frente a los que se tienen por justos, integrados, estimados u honorables. Lo mismo que ejemplifican el samaritano de la parábola, o el publicano que ora de rodillas frente al altivo fariseo, o el mendigo Lázaro que muere a las puertas de la casa del rico. Todos estos relatos son exclusivos de Lucas, junto con otros en los que se insiste en el peligro de las riquezas y del orgullo propio (la posesión de sí mismo). Personajes marginales o reprobables encarnan la fe y la cercanía a Dios frente a los establecidos que, pagados de sí mismos, adoran en la práctica a «otros dioses» (el dinero, ellos mismos...).

Zaqueo quiere ver a Jesús, lo que no esperaba era el ser mirado por él. Y de la mirada a la palabra, y de la palabra a la invitación, y de la invitación a la confesión y de la confesión a la declaración universal: «*El Hijo del Hombre vino a buscar y salvar lo perdido*».

Los miles de Zaqueos que nos contemplan, que nos buscan, quieren encontrarse con Jesús misericordioso, Jesús cercano y provocador de vida nueva. No quieren ver en nosotros personas marcadas por la ley, por el deber ser, personas creadoras de muros que hacen imposible la vista de Jesús. Quieren ver en nosotros personas dispuestas al encuentro cordial, a la comprensión y no a la condena, al perdón y la salvación y no personas del rechazo y la distancia.

1. Cfr. Xavier Quinzá Lleó. *Desde la zarza. Para una mistagogía del deseo*. Ed. Desclée de Brouwer. Bilbao, 2002 [↑](#footnote-ref-1)
2. Cfr. Sixto Iragui, *El Jesús histórico.* *Las comidas-encuentros de Jesús. Comida con Zaqueo: el tener y el ser en juego*.Parroquia Guadalupe de Madrid. [↑](#footnote-ref-2)